PQ 8549
.T 368
M 8

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.T368
M8

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
Form No. 513			

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/musicacriollamer00teje

Dr. Manuel Aguirre. París
Place des Saussaies -

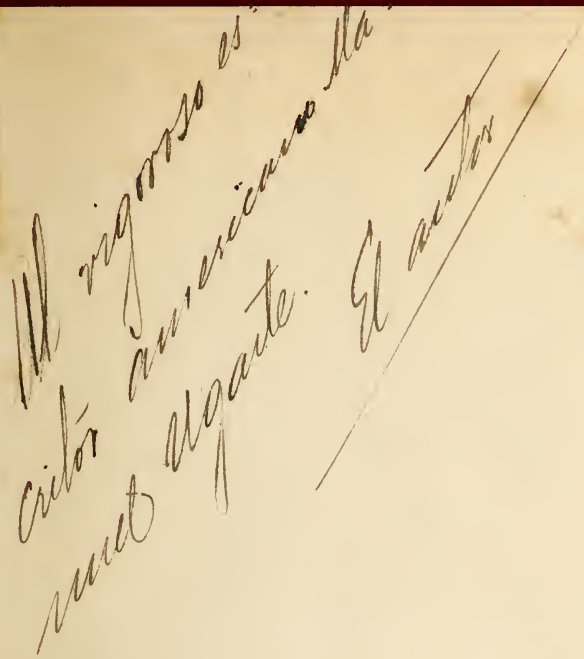
JOSÉ DOMINGO TEJERA

MÚSICA CRIOLLA

MÉRIDA

(VENEZUELA)

MARACAIBO
IMPRENTA AMERICANA
- 1912 -



MÚSICA CRIOLLA

RC gw
C

José Domingo Tejera

PQ8549
.T368
M8

MÚSICA CRIOLLA

MÉRIDA - Venezuela

- 1912 -

MARACAIBO
IMPRENTA AMERICANA
- 1912 -

PQ 8549
.T44
M8

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS

Páginas Intimas – (Poesías)	1 vol.
Crisantemas – (Poesías)	1 id.
La República es el sistema de Gobierno más conforme con la dignidad del hombre y la soberanía absoluta del pueblo – (Tesis del autor en la opción del grado de Doctor en Ciencias Políticas)	1 opúsculo
Música Criolla – (Poesías).....	1 vol.

PARA PUBLICARSE

Primáticas – (Versos viejos) .....

¡ Excelsior ! – (Poema en prosa).....

7355- 51

(.... el sonámbulo lírico parece un prófugo del Pórtico de Atenas.)

Hilad la seda de vuestro seno: libad vuestra propia miel, cantad vuestras canciones; porque teneis un árbol, un panal y un nido.

JUAN VICENTE GONZÁLEZ.

Que no fume, que olvide la lectura,
que no maldiga en ratos de amargura,
y mil consejos más de este jaez
como si se pudiera
vivir á la manera
de las calles tiradas á cordel.

LUIS CARLOS LÓPEZ

MÚSICA CRIOLLA

Explicación

ALGUIEN, de vida intelectual moderna,
que soy hombre pretérito atestigua,
porque mi pluma, á la manera antigua,
en mi numen se fió, sumisa y tierna.

Linfas de Francia en lírica cisterna
nunca abrevó mi inspiración exigua;
no cincelé la helénica estantigua,
ni al Norte arrebaté su bruma eterna.

Lejos de la pragmática y la pauta,
he tañido en los páramos mi flauta
y de mi flauta son todos los sones

De mi alma es mi pensamiento fragua
pues vacié toda el alma en mis canciones
como un terrón de azúcar en el agua.

A Mérida

¡Oh, solar viejo del dominio indiano,
que te asemejas á empinado altar
que construyera previsora mano
entre el mar verde del extenso llano
y el llano azul del majestuoso mar!

Tu frente mece ventolina leda,
y la amplia copa de tu cielo azul
que rompen nubes de irisada seda,
por lo bella y azul siempre remeda
el cielo azul y bello de Stambul.

Tu sierra, siempre blanca y siempre altiva,
vela á tus plantas como un titán,
en cuya testa enorme y pensativa
el ósculo del sol prende y aviva
la calcinante lava de un volcán.

Del monolito de tu sierra, peaña
es la virgen montaña secular,
y el troquél de la áspera montaña
brinda al condor indómito su entraña
cual sacro tabernáculo de paz.

Naturaleza, pródiga se alisa
y se pliega hacia el páramo glacial
donde columpia la errabunda brisa
la papa y el saúz de tierra lisa
y la espiga dorada del trigal.

Allí, la arveja de flexible espiga
esparce el polen de su aurina flor;
el urumaco al frailejón abriga,
y el cristalino manantial mitiga
la inclemencia del risco asolador.

Los pericos asaltan los maizales
hacia la mesa que limita el sur,
tremen y brillan los cañaverales,
y á la sombra de los cacaotales
cuaja el dulce tesoro del cambur.

A las faldas de ubérrima colina
da la miel de sus granos el café;

sangra, como Jesús, la clavellina,
el aura al recio pejugal inclina
y cantan el turpial y el dios-te–dé.

A tu planta gentil, la cordillera
forma un circo de hierro constrictor,
como guardia de honor que defendiera
tu belleza de Diana prisionera
del fauno que te acecha desde el sol.

¿Quién como tú de ambicionada, oh tierra?...
En el misterio del torreón feudal
de tu intrincada y fabulosa sierra,
quizás el alma vagabunda erra
del último caudillo medioeval....

Pontificia ciudad, tímida y sola,
que te empinas como una admiración;
medio india y también medio española,
con lánguidas tristezas de soy–sola
y arrogancias de hidalgo segundón.

Parece que tus senos ofrecieras
en un férvido anhelo maternal,
cual si del polo, rachas traicioneras
no arrancaron ha tiempo de tus eras
la savia que te dió fecundidad !

Cuando eras maja y en gentil verbena
derramabas tu cháchara y tu sal,
á los albores de la luna llena,
la virgen colonaria, de amor llena,
vertió la dulce miel del madrigal.

De lirios coronóse tu cabello
y tu falda ciñó la rosa té;
encendido clavel orló tu cuello,
y un manojo de orquídeas, como un sello
de amor y admiración, calzó tu pié.

Mas, el tiempo agostó tus atavíos,
y ahora, pobre reina en oración,
purificas tus cándidos desvíos
sumergiendo las plantas en tus ríos
como en una termática ablución.

¡Ah, Mérida!....Por lírica y por pía,
la justicia sin término de Dios,
en regazo de excelsa poesía
como el florido de Isabel de Hungría,
tu amoroso regazo convirtió.

Cuando llegue vibrando hasta tu puerta
el clarín del progreso redentor,

y tu riqueza innúmera y desierta
ponga á la vista de la fama abierta
la mano del audaz explorador,

dirá de tus entrañas el poeta
que son palacios vírgenes de Ofir,
y hasta los pies de tu beldad discreta
vendrá á cantarte una visión secreta:
la secreta visión del porvenir!

En 1813

Un patricio - Cristóbal de Mendoza -
preside el señorial Ayuntamiento.
Desde el sur de Colombia sopla un viento
de libertad que el ánimo alboroza.

Treme desde el palacio hasta la choza
cuando el Caudillo pisa el pavimento
de la plaza real, y en el momento
brillan las armas cual broncínea roza.

El visionario gladiador del Avila
á Elías, Rangel, Picón y Rivas-Dávila,
reune bajo la marcial bandera;

y la blanca ciudad que arrulla el Chama,
entre todos los pueblos la primera
á Don Simón Libertador aclama.

El paso de los Andes

BAJO la lluvia helada que no escampa,
Bolívar, en el páramo inclemente
ordena á sus legiones dar el frente,
y sus legiones en la cumbre acampa.

¡Páramo de Timotes! Por tu rampa,
de la victoria al luminar urente,
ofrendan su sangriento continente
mi tierra andina y la apureña pampa.

Simón I, la esclavina al viento,
de pies sobre la cúspide nevada,
ve orgulloso su ejército friolento,

y traza con la punta de su espada
en la extensión sin fin del firmamento
la visión de Colombia libertada!

Campesina

A Gonzalo Picón-Febres.

La moza, que es oriunda de Mapiche,
tiene sal para dar al mismo Coche,
voz melodiosa que envidiara el toche
y más miel que una paila de trapiche.

Familiarmente llámanla «Niniche»;
los ojos son como de sol y noche,
florece el talle en la erupción del broche
y el labio es grano de purpúreo quiche.

Parece que sus carnes en crisálida
amasaron con sumo de nuez cálida
y con vapor de mejorana tierna;

y si la falda de percal se arrolla,
pienso que el pán de la rosada pierna
es amasado con harina criolla.

Vástago indígena

ESCRIBE Spéncer que la altura expresa
de la raza raíz de mi montaña,
fué siempre como la estatura extraña
de la salvaje raza groelandesa.

Pero este indio, feroz perro de presa,
que tiene una actitud huraña,
desmiente con su altura la patraña
de aquella sabia autoridad inglesa.

Tiene la piel de carbón y de ceniza;
calza su tosco pie burda cotiza;
no afloja nunca la morrera ruana

que abre en el centro y que se encaja al cuello,
y no tiene en las lanzas del cabello
ni la erección de la primera cana.

El Almuerzo

A Samuel Darío Maldonado.

Se allegan al festín los de la gira ;
el festín se ha servido en la sabana,
sobre hoja verde de cambur que, ufana
de su misión, en el pajal se estira.

Radia su oro la chayota en pira :
la cecina de graso se engalana,
y hasta el jojoto, que ópalos desgrana,
en el sancocho del festín se admira.

Ardiendo al azador, porcina pierna
muestra el tesoro de su carne tierna;
copa de óleos parece el aguacate;

hincha la seda de su piel la papa,
y de la tosca múcura se escapa
el fragante vapor del chocolate.

Visión Salubre

A Emilio Constantino Guerrero.

En la inmensa extensión, rápida y plana,
que de pompas eglógicas se cubre,
las invernales ráfagas de Octubre
esmaltaron de verde la sabana.

En su grave actitud, gacha y liviana,
junto al padrote, una visión salubre
da una vaca gentil que hincha la ubre
de colmado pezón de leche sana.

Mientras abreva férvida en la alberca,
el becerro impaciente se le acerca
y se pone á mamar del pezón rico;

y cuando el hijo en el confín se esfuma,
los encajes nupciales de la espuma
le nievan de borbojos el hocico.

Merideña

En el perfil del horizonte erra
el alma de la tarde entenebrida ;
la copa de los árboles trepida
y huele por doquier á húmeda tierra.

En el confín lejano de la sierra
informe nubarrón al sol lapida,
y en la extensión del Chama, la crecida
semeja cuerpos de titán en guerra.

Tras el rayo que hiere la tiniebla,
el capuz multiforme de la niebla
se desvanece en la ciudad huraña.

Se aleja tras las cumbres la tormenta,
y luz de luna en el cenit argenta
la diadema nupcial de la montaña.

En el Páramo

SILVA el viento en la cumbre desolada
con ímpetu tenaz. La nieve albea ;
en la extensión sin fin relampaguea,
y brama la corriente en la hondonada,

Del frailejón la resinosa espada
á lo lejos del páramo espejea,
y la gramínea tímida bordea
el repechón de la colina airada.

Sobre la abrupta ondulación del cerro
abre sus brazos una cruz de hierro,
y hacia el sur, en el próximo horizonte,

el cielo en oro y púrpura se inflama,
y la lengua fulmínea de la llama
lame el nevado vértice del monte.

Del camino

PLENO alto del páramo. La escarcha
aun intacta. Monótona la marcha.
Amanace. Y allá, sobre la cumbre,

–índice blanco que se eleva al cielo–
dora yá los carámbanos de hielo
de la alborada el prístino vislumbre.

El frailejón su brilladora espada
irgue en la brupta y solitaria vía,
y los buitres, en la alta serranía
marcan su ronda pávida y callada.

La ventisca, en la cumbre y la hondonada,
despereza su cólera bravía.
Es una gran desolación la vía
y un triunfo de la nieve la alborada.

*
* *

EL pueblo es nuevo y limpio, áspero y frío;
la nieve sobre el monte reverbera
al radiar la mañana, y á la vera
del abrupto sendero pasa el río.

Una fresca mujer, desde el bohío,
me contempla con risa lisonjera,
sin sospechar la núbil montañera
que en su regazo descansar ansío.

Páro el bruto. Deténgome á la puerta
de la casita indiana. La muchacha
á dar la espalda en el instante acierta;

y en la morena faz, lívida y gacha,
rubor de rosa de castilla abierta
pone el gélido soplo de la racha.

Puesta de sol

A Manuel Díaz Rodríguez

UNA puesta de sol. En lejanía
es feérica franja el horizonte,
y el pan de nieve en el perfil del monte
es un inmenso pan de eucaristía.

Baña el atardecer clara alegría ;
no hay una nube que su brisa apronte
ni se oye un viento que el confín afronte;
sólo el foco del sol la tierra espía.

Como el extenso anillo de una boa
brilla la luz hacia el Coquibacoa;
triscan de flor en flor los colibríes,

y bajo el raro sol de los venados
cruza mis patrios cielos estrellados
una banda de patos guariríes.

Festín de Abejas

A Gerónimo Maldonado h.

L grupo de mujeres se desbanda
por todo el cafetal, zurrón en mano,
para llenarlos con el dulce grano
al són de risas y jovial parranda.

El caporal ceñudo que las manda
las inspecciona con rigor tirano,
y en pos del gajo donde el fruto es vano
por los espesos matorrales anda.

Revienta el grano en eclosión de mieles
entre la rama que la moza agacha,
y como en los edénicos verjeles,

pasa de abejas rumorosa racha,
y en el panal de fúlgidos claveles
el enjambre de abejas se emborracha.

Jardín del Trópico

En el recinto del florido huerto
á cuya cerca el lauredal se enreda,
la rosa erige su botón de seda
y abre el lirio su broche de oro muerto.

Luce la gloria del clavel ingerto,
y en el matero de moldeada greda
una mata de espárrago remeda
la ondulación de un girasol abierto.

Alza sus pencas de esmeralda el fique ;
enseña sus corolas de alfeñique
el éucaris en flor, y á ras del suelo,

que en partes rompe rambla de ladrillos,
los pensamientos negros y amarillos
me parece que son de terciopelo.

En la muerte de una niña

YÁ te van á llevar al cementerio.
En la urna estás, como en nupcial regazo;
se mira en cruz tu inmaculado brazo,
y el lirio de tu faz, sereno y serio.

Del catafalco en derredor, zahumerio
de fragancias te dan nardos en mazo,
y en la atmósfera tibia, alado trazo
de amor y de bondad, marca el psalterio.

¿Por qué la madre ante la urna llora?....
Ante esa muerta cándida se ora
con una fuerza íntima de anhelo;

se eleva el corazón y calla el labio,
pues Dios nos da por ella en desagravio
un astro más en el azul del cielo.

Visión retrospectiva

De noble alcurnia mísero guiñapo
es esta vieja que hasta el pan mendiga;
tiene quebrada la dorsal espiga
y ajado el rostro, como flor de trapo.

Refiere sus miserias el harapo
que sus miembros palúdicos abriga;
ronca en sus bronquios pulmonar fatiga
y anda casi en cuclillas, como un sapo.

Y cuando, con rumor de confidencia,
recuerda su florida adolescencia,
en las secas pupilas de la anciana

se ve pasar, como en un prisma roto,
á una beldad que baila la pavana
en la alcatifa de un Trianón remoto.

La muerte de Laetia

(Prosa de F. García Cisneros).

En un claro de sol la ninfa baña
sus desnudeces vírgenes, tranquila.
Axlos, sufriendo de ansiedad extraña,
con sus ojos de sátiro, vigila.

Sigiloso se acerca, y la sorprende,
más Laetia con ira se defiende;
yá la sorpresa resultara vana,
cuando un ruido se siente...
¿Viene Diana?

El miedo de perderse lo enfurece.
(El ruido aumenta entre la selva hojosa)
El temor de perderla lo enloquece:

y hunde sus duros y rugosos cuernos
en el cándido seno de la diosa
como en un gran bouquet de nardos tiernos.

Pringamosa

A. José E. Machado.

PRINGAMOSA lo llaman por apodo;
ejerce de Tenorio de cocina
y vive de continuo en la cantina
jugando naipe y levantando el codo.

Al cuerpo policial lo llama godo
porque á diario á la cárcel lo encamina,
y en su faz rubicunda se adivina
el sopor traicionero del beodo.

Inclinado hacia atrás el pelo-guama,
la chamarra en los hombros suspendida
la pública atención con su aire llama,

pues parece común bala perdida
que anda tendiendo traicionera cama
á todo aliento incubador de vida!

Brumel en capullo

A Julio Consalvi.

No sé si el caso referirlo debo;
mas, usa lentes de oro y leopoldina,
luce brillantes en la mano fina
y gasta camarita este mancebo.

En la ciudad es incentivo cebo
de cualquiera mirada femenina,
y en el baile, en el teatro y en la esquina,
atrae la gracia de su faz de efebo.

No escribe, pero á perfección recita;
y si en tardes románticas visita
á su novia gentil, y tú lo sigues,

haz de observar como todo él retrata
una erótica estrofa de Andrés Mata
ó algún cuento de amor de Díaz-Rodríguez.

A una enferma

¿QUÉ tienes?... En tus manos nazarenas
pintan azul los hilos de las venas;
inspira compasión tu delgadez,
y en tu boca, que fué botón de grana,
no juega la sonrisa ni desgrana
el panal de los ósculos su miel.

¿Qué tienes? . . . Tu voz era un arrullo
y ahora suena en funeral murmullo,
cual toca á la sordina el atambor;
se sarpulle tu piel como el afrecho
y se rompe el santuario de tu pecho
á los golpes siniestros de la tos.

Tienes el alma triste, y apagada
la lumbre sideral de la mirada;

se ve pálido el nácar de tu tez,
y en el morado ojal de tus ojeras
del insomnio las huellas traicioneras
allí con toda claridad se ven.

Tu carne, que fué vaso de perfume,
como lánguido lirio se consume;
cierra el cansancio tu respiración,
y si la sangre por tu boca salta
en el instante tu razón se exalta
y se te oprime siempre el corazón.

Si te quieres curar, dulce madona,
á médicos y drogas abandóna;
olvída por un tiempo la ciudad,
y vén para estas gélidas regiones
á llenarte de aire los pulmones
y vapor de eucaliptus respirar.

Vén al campo y verás cómo tan luégo,
tienen tus ojos resplandor de fuego
y reflejos de nácares tu tez;
circula por tus venas savia nueva
y de tu boca en el panal abreva
el genio del amor linfas de miel.

Vén al campo, y las rosas amarillas
se tornarán de grana en tus mejillas;
ha de ahogarte la risa por la tos,
y tu boca será fucia en capullo
que al viento da, con música de arrullo,
el eco melodioso de la voz.

Convéncete: la vida toda entera
está en esta florida primavera
del color, de la tierra y de la luz.
Convéncete: la vida es humo vano,
mas ese humo en el alcor serrano
es humo de ventura y de salud.

¿No me quieres creér? . . . El edén cierto
no está sino en vivir á cielo abierto,
en esta sana ráfaga polar,
en este sol, en estos claros lampos,
en la eterna verdura de los campos,
y en este bién de paz y libertad! . . .

Filosofículas

EL, de alguna lectura licenciosa
recordaba la lúbrica sentencia:

«Haz con todas las cosas de la vida
como haces con el pez que va á tu mesa:
las espinas apárta
y gusta siempre de la pulpa fresca,
porque á la espalda del placer no existen
sino la soledad y la tristeza».

Después, le había advertido
alguna voz severa:

«Refúgiate en tu alma,
que sea como el éter tu conciencia:
jamás de nadie esclava,
pero del todo dueña;

y que pase por tí toda la vida
como el agua por un cauce de piedra».

El mismo, cuántas veces,
la incógnita exploró con entereza:

«¿Qué se puede saber? . . . Nos atrevemos
á balbucir apenas
que la felicidad es fuego fatuo
que brilla en el jardín de la quimera».

Y otra voz, desde el fondo de su alma
le habló de esta manera:

«No puede ser la dicha
como tú la concibes y deseas;
pero siempre, al poder, el bién ejerce,
pues creo que entre el Bién y la Belleza
la diferencia no es sino de sexos.
Justamente, los dos se complementan.

Practícalos á ambos,
y en el claro jardín de tu existencia
has de ver germinar la flor del gozo,
que es la flor de la dicha verdadera».

Y, en esta vez, él apartó los ojos
de la visión aquélla,
y aunque vió centellear en sus pupilas
el lejano fulgor de la tristeza,
los volvió al azul de la mañana
y á los frescos verdores de las éras . . .

Y hasta el secreto nido de su ensueño
una visión de Bien y de Belleza
llegó batiendo el ala:
la juventud perenne de la tierra!

De Huelga

A Caracciolo Parra-Pérez.

DON Juan improvisado y provisorio,
por matar la neurosis vengo al campo.
Sin recibir invitación me zampo
dondequiera que sé que hay un jolgorio.

Engaño con algún raro abalorio
al labrador en cuya choza acampo,
me levanto al brillar el primer lampo
y no pierdo cayapa ni velorio.

Me baño al aire libre; domo un potro,
y me siento en lo íntimo tan otro,
que por todo mi sér, viejas ternuras

cantan yá mi retorno á aquella vida,
cuando tenía, con la edad florida,
el alma limpia y la razón á obscuras!

Venenos mortales

A Julio Sardi.

El médico, que es de afable trato,
me dice que este mál yá me asesina;
mas, que me ha de curar su medicina,
si el tratamiento que me indica acato.

«Que no escriba ni fume á cada rato,
que no lea ni piense á la sordina,
y que tome, cual dulce golosina,
al tiempo de yantar, bicarbonato».

Ignora el sabio que este mál que siento
es indócil á todo tratamiento,
pues bien sé yo que la dispepsia mía

no se cura con la farmacopea:
hay veneno del cual no tiene idea
ningún autor de toxicología.

En mi retrato

ESTA modesta imagen pertenece
á un voluntario prófugo de Atenas.
La vida del amor, á manos llenas,
en su jardín sentimental florece.

Un aura de ambición su frente mece;
circula savia joven por sus venas,
y por su flema y por su faz serenas
un enemigo del dolor parece.

Pero si el sol del arte resplandece
en sus miradas, de espejismos llenas,
el viejo ensueño artístico florece

en el hirviente jugo de sus venas,
y el sonámbulo lírico parece
un prófugo del Pórtico de Atenas.

Lluvia nocturna

En estas noches largas del invierno,
tan familiares á mi tierra amada,
en un sopor de angustia me anonada,
la densa sombra de un fastidio eterno.

Calma mi murria con su aliento tierno
mi joven compañera idolatrada;
me da miel de su boca y su mirada
mientras yo en limbos de dolor me cierno.

No lo digo á mi dulce compañera,
pero medito en este caso propio:
mientras la lluvia se desgrana afuera,

en el hogar con mi actitud yo copio
á un filósofo estoico que estuviera
dando á los otros su ración de opio.

Poeta agreste

VOY por los contrafuegos del barbecho
cual hábil cazador que se recata
de su huella imprimir con la alpargata
ó de sonar el saco del pertrecho.

Agáchome en silencio y en acecho,
por si alguna perdiz, bajo una mata
trisca al pasar, ó algún pico de plata
ó rojo cardenal diviso al trecho.

De pronto, en el moral casi escondido,
un turpial turba mi actitud discreta
con un cantar de gloria no aprendido;

acomodo en el césped la escopeta,
y lanzo mi sombrero sobre el nido
donde divulga cuitas el poeta.

A mi mula

De tí, noble animal, enamorado
estoy, y es por tu mancha blanca
como un hierro de plata sobre el anca,
y tu broncíneo casco de venado.

Estoy enamorado por tu arqueado
cuello que lleno de vigor arranca;
por tu sedeña crin, que el hierro manca,
y tu cola de tul deshilachado.

Estoy enamorado por tu hilo,
por tu pupila de crisoberilo
y por el ritmo de tu andar galante;

pues al andar pareces caballero
que al palafrén entrega su sombrero
y dá la mano á que le calce el guante.

A nadie

POR qué me vendes tu saludo caro?...
El lírico tesoro de mi ocio
vale más que tu firma de negocio.
¿Qué es el carbón junto al diamante claro?...

Si bajo la engañifa de tu amparo
á tu tesoro mi tesoro asocio,
sábe que vale más, maese beocio,
que tu ventruda burguesía de avaro,

Escuece tus angustias mi sonrisa,
mi pluma, toda amor, te mueve á risa,
y es para tí mi ensueño cual la espuma;

mas no cambio mi risa por tu ceño,
ni tu caja de hierro por mi ensueño,
ni tu firma mercante por mi pluma!

En la taberna

POR la memoria del doncel galopa
una añoranza erótica de adulto,
recuerdo que en el alma lleva oculto
y á quien tierna piedad mima y arropa.

A golpe de martillo y de garlopa,
sin que ningún dolor lo mueva á indulto,
quiere arrojar el ídolo insepulto
en las amargas heces de la copa.

Vieja añoranza que por su alma en fuga
es como una dolorosa arruga
que riera risas cínicas de arpía.

La copa el mozo con deleite apura,
y en sus ojos sonámbulos fulgura
una luz de macabra poesía.

Diagnóstico

El doctor, á quien llamas por curarte,
tu imaginaria enfermedad ataca
como si fuera una afección cardiaca;
mas, ofrece á la postre mejorarte.

¿Y el Hipócrates criollo, de qué parte
ese diagnóstico imposible saca? ...
¿Será que al corazón tu mál achaca
para poder á solas auscultarte?....

A mí, que en la mañana de la vida
mi más profunda aspiración florida
dejó la sierpe de tu engaño trunca,

otra vez á engañarme yá no vienes,
pues lo que es corazón sí no lo tienes,
no lo has tenido ni tendrás tú nunca!

Duda jurídica

A Gonzalo Bernal.

PARA arreglar tu haber, después de viuda,
quisiste á solas conversar conmigo;
y luégo, á diario, sin mediar testigo,
me obligas á estudiar con zaña ruda.

Tras el poder que me otorgaste, anuda
tu habilidad el título de amigo;
pero en el fondo de mi pecho abrigo
por ese obsequio dual alguna duda.

Pues si fuimos, de jóvenes, amantes,
pudiera ser que ahora como antes,
quieras que yo, un abogado á rédito,

deslumbrado quizás por tu áurea caja,
entregue el corazón, mi única alhaja,
al poderoso alcance de tu crédito.

Delirio sandio

ESTE poeta de la serranía
tiene una vieja y singular manía :
se cree Doctor del Verso;
pero el que entiende de literatura,
si lee su canto lírico murmura
una opinión que es como el reverso
de la dulce y sublime poesía.

Y á este Doctor de ínfulas le escuece
el lírico caudal de mis canciones,
porque en su pobre alma no florece,
en un rico desborde de botones,
la musa de la eterna primavera,
sino que suenan monocordes sones
como sones de murga callejera.

Liberación

El trivial A. B. C. de la cartilla
sólo sabe leer esta chiquilla,
y yá, con una irónica piedad
de adulto enfurruñado,
contempla el singular fotograbado
que trae un periódico local.

De su voz infantil el hábil eco
á mí llega:

"Papá llama Pacheco
á este señor de barba patriarcal."

Y medita después con toda calma:
"¡Esas serán mentiras de papá!"

Gracias ¡oh Dios! te doy con toda el alma,
porque puedo mi alma libertar
de la beldad femínea del futuro:
estrella que es un punto obscuro
en los cielos de la precocidad.

Visita de primavera

UCHACHITA :
Se anuncia Primavera,
y bajo el soplo de fragancias lleno,
como en los tiempos de mi edad primera,
me siento niño y compasivo y bueno.

También á tus alcores llegaría
la ráfaga de sol, plena de aromas,
el trino de la alondra, amada mía,
y la banda de tímidas palomas.

¿Esa ráfaga de oro no remeda
el eco de mis súplicas fervientes,
y es un ósculo así como de seda
el que roza tu faz cuando la sientes?

¿Ese trino de amor, tierno y sonoro,
no dice que la aurora, si te miro,

cristaliza los hilos de su lloro
en el tenue rumor de mi suspiro?

¿Y no ves en la banda que á ti llega,
banda de sueños que retorna al nido
y con voces de huérfano te ruega
que no quiebres sus alas con tu olvido?

La seda coruscante de las flores
á mis pupilas es una delicia,
y la seda sutil de tus amores
la epidermis del alma me acaricia.

La trasparente gota de rocío
miente tu rubia lágrima, que halaga
mi labio ardido en sed, y el labio mío
con esa rubia lágrima se embriaga.

Es tu voz virginal la que á m íviene
en el grato susurro del follaje,
y esa voz virginal como que tiene
el placer melancólico del viaje . . .

Amas del ruiseñor la serenata,
la voz del manantial, el rayo de oro,
y las noches románticas de plata,
el cielo azul y el surtidor sonoro.

Y es por tí como sé que un suave viento
anuncia á Primavera, y su fragancia
viene quizás de tí, porque me siento,
su paso al percibir, como en la infancia . . .

Pónte, alma, la túnica de armiño,
y víste todas las nupciales galas,
y como cuando era bueno y era niño,
míra de nuevo al sol, y ábre las alas!

¿No ves que yá se anuncia Primavera?
Es la estación del ósculo y el canto . . .
Como en los tiempos de la edad primera,
tén la dulce inconsciencia de tu llanto!

Siléncia la centrífuga faena
y olvída para siempre cómo enhebro
con hilos de tu amor y de tu pena
la madeja sutil de mi cerebro . . .

¿A qué el grito y la queja?
Muchachita:
hablemos de la rubia Primavera,
del porvenir, la gloria y la bendita
eternidad de amor que nos espera . . .

La ofrenda

A Elina.

POR fin yá vienes, corazón clemente
que arrancas, con un ímpetu cristiano,
el báculo de caña de mi mano
y el cilicio de espinas de mi frente,

Tardaste por venir, pero yá siente
mi corazón cómo palpita el grano
de tu primer amor: nó en surco vano
has regado la lírica simiente.

Y aquí me tienes yá. Pobre Cyrano,
al pie de tu balcón, al sol poniente,
rompo mi canto místico y pagano;

y te ofrezco, con alma de creyente,
el anillo nupcial para tu mano
y el nimbo de azahar para tu frente.

Trasmutación

Tu sonrisa, que juega en leve giro
por tu boca, como un iris travieso,
tiene la vaga tentación de un beso
que lograra escaparse en un suspiro.

Tu labio, que es de púrpura de Tiro,
sonríe quizás á mi pasión por eso.
El iris pasa por mi labio ileso:
¿por qué su esencia de azahar no aspiro?

Porque en el hoyo de tu barba admiro
un sedeño lunar, guardián avieso
que logra detener, en mudo giro,

el anhelo del ímpetu travieso,
y allí resuelve en beso mi suspiro
y mi suspiro lo resuelve en beso.

La primera cana

AYER, lleno de murria y de pereza,
y yá medio dormido en tu regazo,
levantaste mi frente con tu brazo
y encontraste una cana en mi cabeza.

Al punto, luz de singular tristeza
en tu mirada delineó su trazo,
y, cautiva en las redes de mi abrazo,
arrancaste la cana con presteza.

Tu labio en grana lo tiñó mi beso,
y, aun tu talle entre mis brazos preso,
bendije la razón de tu tristeza ;

pues mi pasión por ti, férvida y loca,
es un lirio de púrpura en mi boca
y un madrigal de nieve en mi cabeza.

Pax

ENTRA un aire de páramo á la sala
minúscula y nupcial. Sentada al piano
mi amor recorre con nerviosa mano
la complicada y armoniosa escala.

A flor de labio, su sonrisa exhala
una traviesa insinuación. En vano,
ojos y labios, en lenguaje llano,
de interrumpir mis cuitas hacen gala.

La nota grave su despecho implica,
y en el teclado lírico repica
un aria loca su nerviosa mano.

Me acerco entonces, y mi risa evoca
las traviesas misuras de su boca
y las iras apócrifas del piano.

Para entonces

En la tarde ha de ser. La luz esquiva
dará su tono gris al occidente.
Como un beso que casi no se siente,
nos mecerá la brisa fugitiva.

Tú en mis rodillas. Trémula y cautiva
de mi abrazo febril; mi boca ardiente
pondrá en el dulce nácar de tu frente
su sello de pasión eterna y viva.

Después....sobre mi hombro reclinada,
ha de caer la luz de tu mirada
sobre mis enigmáticas cuartillas.

Y has de sonreir, niña hechicera,
al leér las estrofas que escribiera
cuando estabas sentada en mis rodillas.

Hipohémica

La sangre generosa de mis venas
era un hilo de rosa trasparente
que ignoraba las iras del torrente
y la risa jovial de las Sirenas.

Sopló recio el siroco de las penas ;
y, al poblar de relámpagos mi frente,
tornáronse de fuego lentamente
las que fueron ayer ondas serenas.

La embriaguéz inefable del ensueño
puso un rictus irónico en mi ceño
y al fatigado corazón, enjuto.....

Ah, mi novia : las olas encrespadas
seréna con tus manos sonrosadas
y úne tu labio al corazón de luto.

Secretos psíquicos

Yo quiero á mi manera:
con salvajes caricias de pantera
y con tiernos arrullos de paloma;
y si busco el rescoldo de tu arrimo,
te asusto con mis cóleras, te mimo,
ó te converso en broma.
¿Qué por qué soy así?.... Sencillamente:
porque no puedo ser de otra manera.

Mas sé que bajo el ala de tu frente
ni sombra de rencor cruza siquiera
cuando en el circo de tus brazos preso,
como enfadado párvulo me parlas,
tengo ímpetus de fiera,
te arrullo con la música del beso
y me burlo del tono de tus charlas.

De viaje

L tren que llega. Gama vespertina
en los azules de la mar y el cielo.
Calor, bullicio, animación, y el vuelo
del vapor que á Occidente se encamina.

Salto del trén. Me sirve la bocina
para escuchar tu voz. ¡Cuán hondo anhelo
me dijeras ¡adios! con tu pañuelo,
mientras me pierdo en la extención marina!

Ya voy sobre la mar. Viéndome solo,
siento en el alma la frialdad del polo,
y en tí me pongo á meditar. Callada

turbación.. ¡Así fueron nuestras bodas!
Y veo, despiertas mis ternuras todas,
los dos hoyos aún tibios de tu almohada.

¡Ah, Mérida!

PORQUE bajo tu claro firmamento
viviendo voy mi juventud florida;
siento en el corazón ansias de vida
y ansias de glorias en el alma siento;

Porque en ti radió luz mi pensamiento,
y si en el seno de tu paz querida
me hiere el mál, el labio de la herida
cierra tu aura de amor y sentimiento;

Porque me diste tú, próvida y pía,
calor de nidos en la esposa mía,
–¡tierra del porvenir! - por todo eso,

en las páginas criollas de este libro
está todo mi sér: en ellas vibro
con són de ira y con rumor de beso.

ÍNDICE

ÍNDICE

	Pág.
Explicación	11
A Mérida	12
En 1813	17
El paso de los Andes	18
Campesina	19
Vástago indígena	20
El almuerzo	21
Visión salubre	22
Merideña	23
En el páramo	24
Del camino	25
Puesta de sol	27
Festín de abejas	28
Jardin del trópico	29
En la muerte de una niña	30
Visión retrospectiva	31
La muerte de Laetia	32
Pringamosa	33
Brumel en capullo	34
A una enferma	35
Filosofículas	38

Pág.
De huelga 41
Venenos mortales 42
En mi retrato 43
Lluvia nocturna 44
Poeta agreste 45
A mi mula 46
A nadie 47
En la taberna 48
Diagnóstico 49
Duda jurídica 50
Delirio sandio 51
Liberación 52
Visita de primavera 53
La ofrenda 56
Trasmutación 57
La primera cana 58
Pax 59
Para entonces 60
Hipohémica 61
Secretos psíquicos 62
De viaje 63
¡ Ah, Mérida ! 64

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00039986042